

geográfica; se documentan sus refundiciones, transformaciones y casos familiares, y se valora su contenido estético.

Hemos señalado sólo algunas direcciones del libro de Ismael Moya, para mostrar cómo procede con rigor, sin excluir ninguna de las facetas que puedan ser provechosas para la mejor comprensión de su tema. Es posible que puedan indicarse en él omisiones o errores de detalle, pero, en lo fundamental, ha de ser un aporte definitivo al estudio del romancero, sin duda la forma más rica y más antigua de nuestro folklore. El volumen que reseñamos no sólo está realizado con justo criterio y detenida investigación, sino que se realiza por su estilo animado, lleno de color y a veces de fuerza poemática, y por el auténtico fervor nacional que lo anima.

Antonio Pagés Larraya.

ENRIQUE AMORIM, "El Caballo y su Sombra". Club del Libro A. L. A. Buenos Aires, 1941.

Una vez más Amorim aparece como un vigoroso descriptor del auténtico campo rioplatense, desprovisto de *gauchos* de corte circense y *paisanitas* de tarjeta postal. La pampa criolla de *El Caballo y su Sombra* es la que se vive y se toca cuando el tren nos deja en esas uniformes y monótonas estaciones campesinas, poro casi obligado para el intercambio entre el progreso y civilización urbanos y la pródiga riqueza de la tierra dilatada, al par que atalaya propicia a los sueños de evasión de las chicas puebleras. En ese campo ya no hay payadas de contrapunto ni idilios románticos entre la chinita que muerde la punta de su delantal y el paisano *atropellador* recostado mate en mano en el palenque. Todas esas cosas, si alguna vez fueron, ya no son, y tan sólo caben en evocaciones puramente líricas y hasta un poco regocijadas. El campo de Amorim es más real y, por ende, más feo y más crudo.

Esta novela plantea un problema del Uruguay actual que bien pudiera ser trasplantado a los campos de nuestra provincia de Buenos Aires, con tan sólo algunos cambios circunstanciales. Ese valor de época de *El Caballo y su Sombra* no hace de la obra un valor *actualísimo* —de éxito tan rápido como fugaz—, puesto que a su logrado intento de presentar un momento evolutivo en el desarrollo de nuestros pueblos jóvenes y ricos —momento de ningún modo circunstancial—, se añade el mérito de sus valores literarios firmes.

Al par que intentando de paso una solución afectiva del problema, el novelista nos arroja en pleno conflicto entre las dos realidades sociales que pugnan por imponerse en base al aniquilamiento del adversario: por un lado, la *estancia*, con sus enemigos, el progreso industrial y el extranjero intruso, lento invasor de sus tierras que viene a rellenar los fosos de su dominio y señorío; por el otro, la nueva realidad que se impone, integrada por una masa de inmigración no latina, ajena por lo tanto a nuestra población humana más generalizada, y que no ha llegado espontáneamente a tierras del Plata, sino arrojada por los huracanes violentos que actualmente azotan las vetustas aldeas y los cansados campos de nuestra madrastra Europa, arrastrada a la ventura hasta encontrar un puerto hospitalario que al fin la acoge. En esos pobres seres hay un gesto vital parecido al del ahogado, desesperadamente tendido hacia lo que flota, alimentando en su sangre y en su alma calor de odio y complejos de perseguidos, hechos ya uno con la miseria, pertinaz compañera de esos modernos galeotes. Todo ello los hace necesariamente poco dúctiles a la asimilación deseable en todo aporte inmigratorio. Y ese organismo asimilador, por el que tanto clamaron nuestros sociólogos —tan deficiente ya en condiciones normales—, se muestra impotente para incorporar a la realidad social criolla un incremento de tal naturaleza. Y aquí es donde creemos descubrir la tesis social de Amorim: en lugar de tomar una *base* de asimilación en la realidad humana existente y nativa —después de todo, nuestro único *tipo nacional*, si es que pretendemos tener uno—, propugna una única y epidérmica adaptación del extranjero a las nuevas condiciones telúricas, libre de conservar lo restante de

su idiosincrasia foránea, creándose así un nuevo hecho social al cual debe el nativo resignarse primero y acomodarse después, so pena de perecer en su propia tierra. Son los problemas de la vieja Europa trasplantados a la joven América; es el manoseado problema del *espacio vital* traído a este continente donde lo que sobra es tierra cultivable. ¿No hay mucho de artificial en este hecho incomprensible, y no es consecuencia de una mala distribución del torrente inmigratorio por parte del Estado el que tales cuestiones puedan presentarse en nuestros países?

Nos limitamos a plantear el problema tal como nos ha parecido entreverlo en las páginas de esta inteligente novela. Si no intentamos aquí resolverlo, no es por esquivar una definición en momentos en que tan sólo esbozarla —y máximamente cuando se trata de cuestiones sociales— es verse condenado a caminar como los alfiles, siempre por casillas del mismo color, sino porque simplemente no la hallamos que sea por entero satisfactoria. Razones y sentimientos pesan por ambos lados; por el lado de un nacionalismo bien entendido, además de argumentos carga su platillo, a modo de "razón de la sinrazón", el amor que todos —aun sin ser reaccionarios— sentimos por un pasado que constituye nuestro único acervo de nacionalidad, cuya sustancia, por motivos muy comprensibles, preferimos encauzar y mejorar desde adentro. No ocultamos nuestra acendrada añoranza por el viejo campo porteño que irremisiblemente se va, llevándose consigo toda una tradición de historia y de arte, de costumbres gauchas, de vida sencilla, noble y fácil, ajena a los viejos odios de siglos que hoy se nos importan. Por el lado del extranjero pesa toda nuestra simpatía humana por su desgracia de perseguidos, por su carne acosada, por su alma incierta, por su hambre de paz final.

La novela nos hace penetrar alternadamente en los dos medios: la vieja estancia conservadora y feudal, y la nueva colonia de *rusos* y de *gringos*, miserable y promiscua, adherida tenazmente a los límites del feudo, inmovible obstáculo a su progreso.

¡Qué lejos Don Segundo! Despedía entonces Güiraldes en el noble resero al padre de nuestros vicios y virtudes, criollo

por sobre todo y único dueño de esta tierra, con la que dialogó íntimamente al paso cansino de su flete. Pero al desaparecer tras la última loma el gaucho cargado de historia y de patria, hijo más feliz del pobre Martín Fierro, aquel "que se fué como quien se desangra", también criollo y gaucho, habiendo renunciado a su nomadismo, quedaba en el lugar para consagrar con nueva manera la antigua estancia porteña, célula embrionaria de nuestra riqueza así como pertinaz obstáculo al progreso cultural y técnico, cargada de todos los defectos de una forma social primitiva.

Notablemente hace resaltar Amorim en el estanciero Nicolás Azara su rudeza en el trato, su despotismo, su arbitrariedad, su brutal comportamiento e ingenuidad mental, producto todo de su falta de mundo y exclusivo contacto con gentes jerárquicamente situadas más abajo, lo que le suministra una errónea noción de su valor e importancia al no alcanzar a ver la causa única del respeto y autoridad que se le otorga en su riqueza económica y en la pequeñez moral de quienes le rodean.

En lo tocante a nuestra provincia de Buenos Aires, el tipo puro de *estanciero* tal como queda definido tiende a desaparecer, sobre todo en las zonas nuevas, muy subdivididas e integradas con aportes inmigratorios muy variados, donde prácticamente no existe.

En *El Caballo y su Sombra* asistimos a la muerte del estanciero tipo, en un campo en el que desaparece ya todo cuanto la tradición tenía de noble y fuerte, pero donde aun perdura su rémora enemiga del progreso.

Con suma economía Amorim traza vigorosamente los personajes de su novela, logrando crear verdaderos tipos. Nico Azara, señor de su feudo anacrónico, rudo y mandón, que realiza sus gestos en un "exagerado terreno de acción para cualquier hombre educado", que "devora como un egoísta y se hace servir como un déspota", que no comprende cómo el gobierno deja entrar a "esos rusos", motivo para él de constante irritación y serio problema para el país.

Marcelo, el montevideano semiculto, semirefinado, político sin escrúpulos, enriquecido a expensas de la nueva situación: "metiendo judíos en el país", aburriéndose con la sim-

ple y limpia vida rural, pero como habitante de la ciudad, de visión más amplia y comprensiva ante la nueva realidad.

Doña Micaela, tronco antiguo prendido tesoneramente a la idea de casta y al sentido de propiedad, mezquinamente económica: "cualquier economía le proporcionaba un sueño tranquilo, un despertar menos agrio"; "dormía entre frazadas, para ahorrarse el lavado de sus sábanas". Revive en ella la hispánica *perfecta casada* de Fray Luis, ignorante, silenciosa, resignada con su eterna subordinación al hombre —padre, marido, hijos varones—, conformándose con la misteriosa tarea femenina que le queda "la de mayor sigilo, que consistía en medir, pesar y contar de la mañana a la noche". Hosca matrona cargada con todos los prejuicios del *tabú* sexual, para quien un *escándalo* amoroso significa, junto con los problemas económicos —las deudas, las hipotecas, los vencimientos— la más grande de las calamidades que una familia pueda ver caer sobre sí.

Personaje importante, por lo simbólico, es *Don Juan*, el padrillo pura sangre, llevado a la estancia por Marcelo Azara —que bien pudiera tipificar al porteño de Florida y Corrientes—, muy bien empleado por Amorim como nexo entre los diversos personajes y ambientes de la novela. Mientras su amo —último *estanciero* gaucho— inicia un duelo criollo con el *gringo* vindicador, el caballo de raza "empenachado de relinchos" emprende el postrer galope "derramando sangre hacia la querencia".

Hasta la técnica novelística de Amorim es *realista*, casi *naturalista*. Su manera literaria participa del estilo de Horacio Quiroga —a quien imitó, en sus comienzos—, con la misma crudeza descriptiva, igual economía verbal y acierto en el trazo justo y viviente; de él también proviene cierta tendencia al melodrama, notable en la complacencia con que incide en las escenas y detalles patéticos o acongojantes. De otra parte, sigue de cerca a la moderna novela norteamericana —Faulkner, Caldwell, Steinbeck—, con su rudeza desconcertante y su sinceridad al plantear problemas de honda raigambre social y humana.

El lenguaje de Amorim es flúido, fácil, siempre apropiado al medio y a las circunstancias. El diálogo, seco, cortante, parco, como corresponde al hombre de la dilatada pampa rioplatense. Mostremos algún ejemplo:

“—¡Se meten en el campo y cruzan tranquilamente!... He mandado arar y no podrán pasar por los surcos... ¡Qué se habrán creído!

Marcelo no pudo contener la pregunta:

—Y, ¿por dónde van a pasar, entonces? ¿Querés decirme?

—No me vas a salir defendiéndolos. ¡Que se embromen!
¡Les voy a enseñar a cortar el alambrado!

—¿Y si el pantano no les da paso? —insistió Marcelo.

—¡Y a mí qué me cuentan!... ¡Que se las arreglen! ¡Que protesten al gobierno!

—Suponete que viniesen con un enfermo —argumentó pausadamente Marcelo—, con un enfermo grave... por ejemplo... ¿Qué pueden hacer?

—¡Ah, yo no sé, che!... Pero a mí no me van a estar cortando el alambrado para pasar por adentro del campo. Con la arada, asunto concluído.” (Pág. 24.)

“—¡Buena suerte tenés que no te han metido un hijo en las entrañas, con lo linda que sos!

Y ella, que tenía entonces quince años y aparentaba mayor edad, le respondió con una frase que recordaba en ese momento con la misma intensidad:

—¡No he encontrado el hombre que me pueda derrumbar!”
(Pág. 67.)

“—Y ese cocido... ¿pa qué es? —preguntó don Ramiro.—
¿Alguna recetita?

Bica lo miró en blanco, como se mira a los ciegos. Luego, por arriba de la lumbre, templando su mirada, dejó quemar cuatro palabras, dichas con voz ronca:

—Ando de dos meses...

Se oyó el chisporroteo de unas llamitas verdes, y después el agua, borboteando en “la pava”. La noche, chúcara, afuera, y el silencio doblando los yuyos, al pasar.

—Ya me lo parecía... —comentó el ciego—. Y... perdónáme por mal pensau.

—No hay pa qué...

Y volvieron a quedar en silencio los tres: Bica, don Ramiro y el fuego." (Pág. 154.)

Notable es el crudo realismo de este fragmento de la disputa entre los dos hermanos Azara:

"—¡Mandás vos porque te casaste con Adelita! ¡Si no serías un desgraciado cualquiera!

Había dado en el blanco de la debilidad de su hermano.

—¡Esto lo he formado yo, mientras vos tirabas tu parte con tus amigotes políticos! ¡Si hubieses sabido conservarla no tendrías necesidad de coimear y ensuciar nuestro apellido!

—Peores cosas se han dicho de vos... Esclavizando a tu mujer, en una vida inferior, sin darle el lugar que se merece. ¡Eso sí que es una porquería!"...

"—Bueno... No quiero darte más explicaciones... Tenés que irte... Decíle cualquier cosa a mamá y andáte... No quiero verte más en "El Palenque".

Torció las riendas.

—¡Ya me las pagarás, desgraciado! —gritó Marcelo—. ¡Ya vas a estar más arruinado que yo, miserable!

Nico se alejaba.

—¡Buena porquería! ¡Con razón se habla de vos como del último gaucho sucio! ¡Cualquiera de esos chacareros que llamas judíos, vale más para el país que los de tu laya!

Nico sofrenó a "Don Juan". Volvió la cabeza.

—¡Ahí te quería agarrar! ¡Defendés a esa gentuza porque te han pagado bien! ¡Me da asco pensar que un Azara se venda a esos rusos muertos de hambre! —y tocó a "Don Juan" para alejarse.

—Así son ustedes... ¡los patriotas! —le gritó Marcelo—. Hasta tu mujer está avergonzada de lo que hacés... ¡retrogrado de porquería!

—¡Como te dé la gana!... —le respondió Nico—. Pero ya sabés: preparáte para irte... ¡No te lo voy a decir dos veces!

Metió los talones en los ijares del padrillo y galopó, azotado por los insultos de Marcelo.

—¡Canalla de m...! —gritó Marcelo conteniendo a su caballo, que escarceaba brioso por seguir a "Don Juan". ¡Algún día me las vas a pagar!..." (Pág. 109/110.)

Entre muchas, destaquemos algunas hermosas imágenes:

"El fogón abríase en la noche como una sangrante herida. Arriba, la luna. Una luna llena, iluminando el campo. Derramada luz lechosa. Abajo, el fogón. Rojo resplandor, encendiendo los rostros más variados."

"La rueda del fogón, unida por la cuerda verde del mate." (Pág. 71.)

"El fogón es nómada, está de paso. Nació en el aduar y sigue como el humo, sin norte, al azar del viento. Tan sólo queda la moneda de plata de la ceniza y la costilla pelada que jalona la marcha." (Pág. 73.)

La vida en la estancia se halla presentada con gran poder evocador, sin excesos verbales, sin desbordes líricos ni descriptivos. La presencia del medio se siente más que se ve.

Un elemento valioso en *El Caballo y su Sombra* reside en el hecho de que la tesis nunca se impone en detrimento de la novela: la creación artística siempre logra privar, la peripecia no se interrumpe jamás con divagaciones.

En resumen, una recia novela, rica en sustancia, de enérgica y concisa exposición, un drama de la tierra de siempre, con los hombres de hoy.

Carlos A. Fayard.